

El 2 de marzo de 1854, al abrir la legislatura Napoleón III se expresa así en el discurso del trono: «Apenas terminada la escasez, la guerra comienza. El año pasado prometí hacer todos mis esfuerzos para mantener la paz tranquilizando á Europa, y he cumplido mi palabra. A fin de evitar la lucha, he ido tan lejos como el honor me lo permitía, y Europa sabe ahora, á no dudarlo, que si Francia desenvaina la espada es porque la obligan á ello. También sabe que Francia no tiene ninguna idea de engrandecimiento y que tan sólo quiere resistirse á invasiones peligrosas. Me complazco en proclamar altamente que el tiempo de las conquistas ha pasado para no volver, pues de aquí en adelante no podrá una nación hacerse grande y poderosa por el hecho de ensanchar los límites de su territorio, sino poniéndose á la cabeza de las ideas nobles y elevadas, haciendo prevalecer por doquiera el imperio del derecho y de la justicia.»

Después de examinar las causas del litigio el soberano añade: «Que no vengan á preguntarnos más lo que vamos á hacer en Constantinopla. Vamos con Inglaterra á defender la causa del sultán, y también á proteger los derechos de los cristianos. Vamos á defender la libertad de los mares, y nuestra justa influencia en el Mediterráneo; vamos con Alemania para ayudarla á conservar la categoría de que al parecer se quería despojarla y para asegurar sus fronteras contra la preponderancia de un enemigo demasiado poderoso. Vamos, en fin, con todos aquellos que quieren el triunfo del buen derecho, de la justicia y de la civilización.»

Así como el emperador Nicolás, Napoleón III invoca al Todopoderoso y termina así su discurso: «Confianto sobre todo en la protección de Dios, espero llegar muy pronto á una paz que nadie podrá perturbar impunemente.»

El 27 de marzo el ministro de Estado se dirige al Senado y al Cuerpo legislativo para leer la declaración siguiente: «El gobierno del emperador y el de Su Majestad británica habían declarado al Gabinete de San Petersburgo que si la cuestión con la Sublime Puerta no se arreglaba en términos puramente diplomáticos, y que si la evacuación de los principados de Moldavia y de Valaquia no comenzaba inmediatamente, efectuándose en un plazo fijo, se verían obligados á considerar una contestación negativa ó el silencio como declaración de guerra. Habiendo resuelto el Gabinete de San Petersburgo no contestar á la comunicación anterior, el emperador me encarga notificaros esta resolución, que constituye el estado de guerra de Rusia con nosotros, recayendo toda responsabilidad sobre esa nación.»

¡Ay! Nada es tan contagioso como la guerra, y después de una paz larga y fecunda, Europa entra en un período fatal. Las guerras de Oriente, de Italia, de 1866, y de 1870, dimanarán unas de otras, y después de todas esas luchas vendrá como conclusión una paz armada, casi tan triste, y tal vez más onerosa aún que la guerra misma. ¿Y por qué se van á verter tantos torrentes de sangre?

XXI

LA GUERRA DE ORIENTE

La guerra, hasta el desembarco de las tropas inglesas y francesas en Crimea, se llamará guerra de Oriente. No tenemos la pretensión de escribir su historia después de las obras magistrales de M. Camilo Rousset y del general Fay; tan sólo nos proponemos recordar la impresión que producían en París las diversas fases de la lucha, poniendo en claro, según la correspondencia de los mismos héroes y los informes de testigos oculares, los franceses y sentimientos cristianos de los hombres que se cubrieron de gloria durante aquel período lleno de peligros y de sufrimientos.

El ejército, aunque sin estar preparado, ni saber siquiera cuál será el teatro de las operaciones, se muestra poseído de ardimiento y confianza. Su general en jefe es el mariscal Saint-Arnaud, que si bien atacado ya de una enfermedad mortal, quiere ilustrar su memoria con otra cosa que no sea el golpe de Estado. En un principio, solamente se envían tres divisiones á Oriente, confiada una al general Canrobert, la otra al general Bosquet y la tercera al príncipe Napoleón. El 28 de febrero el príncipe había escrito al emperador lo siguiente: «Señor: en el momento de estallar la guerra, ruego á Vuestra Majestad que me permita formar parte de la expedición que se prepara. No pido mando de importancia ni título que me distinga; el puesto que me parecerá más honroso será aquel que más me acerque al enemigo. El uniforme que con tanto orgullo visto me impone deberes que me complaceré en cumplir, y quiero ganar el alto grado que vuestro afecto y mi posición me confirieron.»

El general Bosquet, que desde el punto de vista político no había sido partidario de la guerra, se estremeció de alegría, sin embargo, al pensar que iba á empuñar las armas. «Mi corazón está alegre, escribió el 7 de marzo de 1854; mis doce mil hombres son casi todos antiguos soldados de África, y la mayor parte de los oficiales, amigos, hermanos de armas. Tengo en mi división mil seiscientos árabes, tiradores indígenas, y dos mil doscientos zuavos del tercer regimiento, aquellos que con frecuencia se batieron como yo en la Kabilia, y que son buena gente. Canrobert es para mí un hermano; y en rigor, esto no es una ruda guerra, sino una partida de recreo.»

El general Bosquet no cuenta más que cuarenta y tres años; nació el 8 de noviembre de 1810, y ningún oficial tiene tanta fogosidad y sangre fría: es el

tipo más acabado del hombre de guerra. Desde París escribe el 12 de marzo á su madre, á la cual profesa un verdadero culto: «Mi buena madre: marchó esta noche á Marsella con Canrobert; debemos estar allí en la mañana del 15, y nos embarcaremos en el *Cristóbal Colón* apenas sepamos que nuestra primera escuadrilla está bien completa..... Es muy honroso para mí ser uno de los dos generales de división que salen de vanguardia á fin de pasear en Oriente la bandera de Francia.

»Ayer noche el emperador se despidió de nosotros después de comer, y deseándonos buena suerte nos abrazó y estrechó la mano. Pocos momentos antes, la emperatriz nos había dado una medalla de la Virgen y su retrato en bronce, muy parecido.

»Mis amigos de París no me han dejado marchar tampoco sin darme amuletos, y la buena Madama Thayer, á quien con razón calificabas de un ángel, me ha enviado una cruz del modelo de la que Carlomagno llevaba, y que aún se conserva en Aquisgrán.

»Con esto y las buenas oraciones de Pau marchó con el corazón tranquilo y confiado, dispuesto á esgrimir orgullosamente contra los rusos la espada de Francia, que es la del derecho y la civilización.»

El mariscal de Saint-Arnaud, que se ha hecho muy religioso al envejecer, marcha con disposiciones análogas. «No se ha conocido al mariscal de Saint-Arnaud, dice M. A. Granier de Cassagnac en sus *Recuerdos del Segundo Imperio*, porque ese noble y altivo carácter no se ha revelado completamente sino en los seis últimos meses de su existencia, bajo el cielo de Oriente, en la atmósfera de la gloria y ya bajo la mano de la muerte. La estela de su barco se tiñe de un reflejo de las cruzadas, y tiene una manera elevada de combatir, cubriéndose con el sudario de su victoria, que tiene algo de San Luis y de Bayardo.»

Antes de embarcarse en Marsella, el futuro vencedor de Alma se detiene en Lyon. El mariscal de Castellane, comandante en jefe del ejército de esta ciudad, escribe en su diario el 17 de abril: «El señor mariscal Saint-Arnaud, general en jefe del ejército de Oriente, ha llegado á Lyon en posta el 16, á las seis de la tarde, con la señora mariscal; me había enviado á decir que iría á mi casa cuando llegase; he querido evitarle la molestia y le he visto. Asegura que está muy bien de salud, y dice que es otro hombre desde su salida del ministerio. La verdad es que está en pie, pero muy flaco; tiene los ojos vidriosos, y la espalda encorvada. Presumo que difícilmente soportará las fatigas de una campaña.»

Desde Marsella, el mariscal escribe á su hermano M. Leroy de Saint-Arnaud, consejero de Estado, esta noble y conmovedora carta: «En los hombres de corazón, en los hombres de bien, Dios acaba siempre por hablar, porque su voz es la única verdad, el único consuelo. Una vez oída esta santa voz, no se presta ya atención á ninguna otra cosa. Naturalmente, me he dirigido á Dios por la vía ordinaria que recorre la debilidad humana, el dolor, la meditación y las

oraciones; Dios no me ha rechazado, y puedes estar seguro de que no daré ya un paso atrás. A la fogosidad, á la irritación que me dominaban han seguido la calma y una gravedad tal vez demasiado seria, pero que se debe á mi enfermedad. ¡He sufrido tanto! Espero encontrar de nuevo muy pronto una dulce alegría; pero no se me oculta que todas mis ideas son graves y serias. Leo mucho la *Imitación de Jesucristo*, y este hermoso libro, que me llena de admiración, inspírame también una penosa desconfianza de mis fuerzas.»

El 26 de abril el mariscal escribe á su hermana Mme. de Forcade: «Nos embarcamos mañana, y ya no te escribiremos hasta llegar á Constantinopla. ¡Constantinopla! ¡Cómo se desvanecen nuestros proyectos, cómo se burla el destino de los hombres, y cuán soberana es la voluntad de Dios en comparación de la nuestra!... He visto al buen cura de Hyeres y hemos hablado mucho.»

El 31 de marzo los generales Bosquet, Canrobert y de Martimprey han llegado con la vanguardia á Galipoli, ciudad situada en la extremidad septentrional del estrecho de los Dardanelos, casi á la entrada del mar de Mármara. Allí es donde se establece el cuartel general.

El 9 de mayo el mariscal de Saint-Arnaud, sin haber hecho más que tocar en Galipoli, llega á Constantinopla. Durante cuatro meses alternará sus residencias entre la capital turca, Galipoli y Varna. En su correspondencia de dicha época se revelan todas las incertidumbres, todas las angustias de la situación. El mariscal demuestra hasta qué punto se ha calculado mal la empresa, cuántas ilusiones se ha forjado cada cual, qué sacrificios serán necesarios y qué hecatombes esperan al ejército. ¡Había marchado tan alegre, y he aquí ya tan triste! El 27 de mayo, en una carta dirigida desde Galipoli al emperador, se queja de que sus tropas carecen de las cosas más necesarias, y añade: «No se hace la guerra sin pan, sin zapatos, sin ollas y sin jarros.» La salud del mariscal empeora cada vez más y sufre con admirable resignación tormentos indecibles. Escuchemos á su médico, su confidente y amigo, el doctor Cabrol: «En medio de sus crueles noches, después de algunas largas horas de agudos padecimientos, el mariscal decía: — Sí, ofrezco mis dolores á Dios porque él solo puede calmarlos; si me los envía en expiación de mis faltas, éstas deben ser redimidas, pues los dolores son tan grandes y angustiosos, que con ellos debería expiar hasta los crímenes. — Después de esta especie de oración, cogía el retrato de su esposa y cubríale de besos repitiendo en voz baja: — Sí, tú sola puedes consolarme. — Su vida había llegado á ser una lucha, un combate continuo entre el alma y el cuerpo.»

En la correspondencia de ese intrépido hombre de guerra, se notan las más curiosas alternativas de exaltación febril y de tristeza agobiadora. En Galipoli escribe el 30 de mayo á su hermano: «Desde que estoy aquí, todo ha cambiado de aspecto y todo marcha; he pasado revistas, hablando después á los jefes y soldados; todo el mundo tiene confianza y lleva la cabeza alta. Al pasar por delante de las filas de treinta y ocho mil franceses, he llorado de alegría y de

orgullo, admirando los soldados que estoy encargado de conducir á la victoria. ¡Cuántas víctimas lloraremos! Esta actividad devoradora que en mí conoces, querido hermano, me anima y me impide estar enfermo: diríase que jamás estuve tan bien de salud; las crisis se alejan, y recobro las fuerzas con el aspecto de la juventud. Dios se compadecerá de este hermoso ejército y también de su jefe.»

«Yeni-Kéni, 20 junio 1854. El sultán ha pasado revista á la tercera división el día 17, y ha hecho dos cosas que formarán época en Turquía. S. A. ha galopado dos veces para ir á saludar á la mariscal, que asistía en coche á la revista. Ha dicho á la señora de Saint-Arnaud cosas muy agradables, ofreciéndola después su kiosco de Therapia.... El sultán, hablando en público con una cristiana...., es una revolución.»

El mismo ardimiento marcial, la misma altivez francesa y de cristiano se notan en el general Bosquet, que en 12 de junio dirige á su madre la siguiente carta, fechada en Andrinópolis: «Ayer domingo fuí á la capilla católica, seguido de todos mis oficiales á caballo y de gran uniforme. Íbamos precedidos de un magnífico piquete de infantería y con una brillante escolta de caballería. Desde hace algunos siglos, seguramente que jamás se había oído aquí una misa militar. Los católicos del país, en reducido número, se ocultaban casi para que les fuese posible observar su culto. ¡Pues bien: hemos ido á la capilla con la cabeza alta al través de una población que saludaba y se decía: «He ahí al jefe francés que va á la capilla para rezar sus oraciones.» No se osaba manifestar á los cristianos más que un sentimiento de respeto.... Tu hijo, que siempre es el mismo muchacho de buena fe, que trata hacer bien ante Dios y ante los hombres, prepara lo mejor que puede la marcha de una parte de este ejército, que inscribirá, así lo espero, una hermosa página más en los anales militares de Francia, y otra en la historia de los hechos y proezas de nuestra patria en honor de la civilización del mundo.»

Es el antiguo adagio nacional, el *Gesta Dei per Francos*. ¡Curioso es el contraste que ofrecen esos guerreros, los cuales van en auxilio de los musulmanes y hablan y obran como caballeros de la Edad media, como verdaderos cruzados!

Para ellos ha llegado el momento de desplegar todo su heroísmo, pues muy pronto sonará la hora de los grandes padecimientos y de las pruebas terribles.

Desde Constantinopla, el mariscal Saint-Arnaud escribe en 24 de junio: «Dentro de pocas horas me embarco, dejando á la mariscal en buena salud, pero muy triste. He aquí la verdadera separación, he aquí la guerra que comienza.»

El 25 de junio, al llegar á Varna, el mariscal recibe la más sorprendente noticia, y es que en la noche del 22 al 23 los rusos han levantado el sitio de Silistria. Creíase que se iba á esperarlos en las orillas del Danubio; pero de pronto repasan el río, y por temor de ver entrar en liza al Austria evacuan los principados danubianos. Esta evacuación, efectuada algunos meses antes, hubiera evitado la guerra; pero hoy es demasiado tarde, y la matanza inevitable.

El mariscal de Saint-Arnaud, del todo desorientado, se pregunta qué hará: las más crueles vacilaciones atormentan su alma, y los más atroces padecimientos su cuerpo.

Leamos sus cartas desgarradoras á la mariscal: «Varna, 28 de junio. Necesitaría completo reposo moral y físico, y todo descanso de cuerpo y de espíritu me está prohibido. Que Dios se compadezca de mí; se lo pido mucho, pero sin resultado. Cada día me disgustan más las grandezas y las altas posiciones, y no sueño más que en el tranquilo reposo en Montalais contigo. Por desgracia, no puedo ni debo retirarme ahora, porque pertenezco á mi país y al emperador. Me quedaré hasta el fin, pero hago un gran sacrificio.... Todo me fatiga, hablar, escribir, andar, montar á caballo; todo me ocasiona un dolor. ¡Dios mío, qué vida! Y sin embargo, ya he sufrido bastante.»

A su hija: «Varna, 7 de julio. Tengo una gran lente de aumento, con la que miro tu retrato, y que representándole de doble tamaño, le comunica una expresión notable, realmente la tuya. Paso la vida mirándote, hablándote con el corazón y refiriéndote mis penas y mis esperanzas; pero ¡quién sabe lo que Dios nos reserva!»

El cólera se declara, y hace en el ejército estragos terribles. El mariscal espera que el movimiento y el cambio de aires podrán combatir la epidemia, y por lo tanto ordena una expedición á la Dobrudja. No se encuentra al enemigo, que se ha retirado; pero la epidemia aumenta de la manera más espantosa, y las tropas, diezmadas, retroceden. La expedición, que tan sólo ha durado algunos días no había sido más que un paseo lamentable y lúgubre; pero aún no basta esto. El 10 de agosto á las siete de la tarde, en el momento en que el mariscal, al volver de una visita á los coléricos, se apea del caballo, un violento incendio estalla en Varna, y por espacio de cinco horas se lucha contra una pérdida casi segura. El fuego forma un torbellino alrededor de los tres polvorines, inglés, francés y turco; diez veces el mariscal ha desesperado, estando á punto de dar la orden de retirada y de sálvese quien pueda; pero á las tres de la madrugada el peligro ha disminuído, y dos horas después se domina el fuego.

El mariscal escribe á Mme. de Forcade. «Varna, 18 agosto de 1854. Querida hermana: mientras que tú descansas tranquila bajo las enramadas de Malramé, yo lucho penosamente contra todas las calamidades imaginables, el cólera, el incendio, la peste, el fuego y el agua; todas me han herido, pero sin vencerme. Con el corazón angustiado de dolor, he presentado siempre á todos el semblante tranquilo y risueño; he visto á mis amigos, mis compañeros de armas y á mis soldados, que son mis hijos, segados como por el rayo, y he permanecido de pie sobre este osario. Diríase que en mi cuerpo, quebrantado por los padecimientos, gastado por el trabajo y las cavilaciones, las fuerzas aumentan en razón de su disminución en todos aquellos que me rodean. ¡Qué ruda prueba al cabo de mi vida!

»Saldré de ella, hermana mía, porque tengo fe y un corazón que no desfallece

ante nada; pero si sucumbo, habré caído con honra; y este es el único sentimiento de orgullo que me permito.»

El mariscal añade en la misma carta: «¡Qué siglo, qué año! El mundo está agitado como un mar tempestuoso bajo un cielo negro, y de aquí á fin de año veremos muchas cosas. En cuanto á mí, quisiera un gran golpe, una hermosa victoria, y después un reposo absoluto, completo.» El mariscal obtendrá la hermosa victoria; pero el reposo absoluto ¡ay!, será el de la muerte. Después, pensando en Montalais, su casa de campo de Meudón, y en Malramé, la propiedad de su hermana, exclama al fin de su carta: «¡Ah Montalais! ¡Ah Malramé! ¿Cuándo disfrutaré por completo de vuestra dulce quietud lejos de los negocios, de los cuidados y de los hombres? Pero sin mujeres, querida hermana, pues soy demasiado galante para pensar eso. Si alguna vez puedo volver á verme en medio de mi familia reunida, muy loco será quien pueda separarme de ella.»

Después de tantas vacilaciones y de tan crueles incertidumbres, un rayo de luz iluminará el alma del general. Hallarse al fin ante un objeto claro y determinado y ver al enemigo de frente es su sueño dorado, y este sueño está á punto de realizarse. El anuncio de una enérgica y próxima campaña ha levantado la moral de las tropas; la epidemia ha cesado, y ya no se piensa más que en la victoria. El general Bosquet ha escrito en una orden del día el 19 de junio: «Recuerden todos que para las tropas francesas, la dificultad no está en batir al enemigo cuando ha llegado á su alcance, sino en soportar las fatigas de las largas marchas que preceden al combate. El soldado modelo es aquel que sabe arreglarse y sufrir alegremente la miseria para esperar el día tan deseado de la batalla.» Este día se acerca. La guerra de Oriente se llamará guerra de Crimea.

XXII

BIARRITZ

Veamos lo que Napoleón III y la emperatriz Eugenia habían hecho desde el principio de la guerra de Oriente hasta el desembarco de los aliados en Crimea. Nadie imaginaba aún en Francia las espantosas proporciones que la lucha debía tomar; no se había tenido en cuenta el concurso de Austria, y creíase en una paz próxima y gloriosa. La situación se consideraba con tal optimismo, que el emperador había creído poder ausentarse de su capital sin el menor inconveniente para pasar algunas semanas tranquilo en el campo en la extremidad de su imperio, en el departamento de los Bajos Pirineos.

Los baños de mar eran necesarios para la salud de la emperatriz, y ésta eligió para tomarlos un punto que por su proximidad á España le era particularmente agradable, y que puso de moda. Napoleón resolvió acompañar á la emperatriz, que le inspiraba una pasión tan viva como al principio de su casamiento; pero antes fué á Bolonia á fin de pasar revista al cuerpo expedicionario que debía marchar al Báltico á las órdenes del general Baraguey d'Hilliers. Llegó el 11 de julio; al día siguiente pasó la revista, y dirigió á las tropas esta proclama: «¡Soldados, habiéndonos obligado Rusia á la guerra, Francia ha armado á quinientos mil de sus hijos! Inglaterra ha puesto en pie considerables fuerzas, y hoy, nuestras flotas y nuestros ejércitos, unidos por la misma causa, van á dominar en el Báltico como en el mar Negro. Os he elegido para que seáis los primeros en llevar nuestras águilas á esas regiones del Norte, y varios buques ingleses os transportarán, hecho único en la historia, que prueba la alianza íntima de dos grandes pueblos y la firme resolución de ambos gobiernos de no retroceder ante ningún sacrificio para defender el derecho del más débil, la libertad de Europa y el honor nacional.»

La proclama imperial terminaba con estas palabras, llenas de confianza y de entusiasmo: «¡Id, hijos míos! La Europa atenta hace votos, abiertamente y en secreto, para que alcancéis el triunfo. La patria, orgullosa de una lucha en que tan sólo amenaza al agresor, os acompaña también con sus votos ardientes; mientras que yo, á quien los deberes imperiales retienen aún lejos de los acontecimientos, tendré la vista fija en vosotros, y muy pronto al volver á veros, podré decir: Eran los dignos hijos de los vencedores de Austerlitz, de Egipto, de Friedland y de Moskow. ¡Id, y que el Señor os proteja!»